

SANTIAGO CASERO GONZÁLEZ

LAS
SUSTITUCIONES

Un jurado presidido por
Andrés Ramos Vázquez,

vicepresidido por
Ángel Luis Gómez Blázquez y Ana Díaz Alonso,

y compuesto por:
José Ovejero,
Santos Sanz Villanueva,
Fanny Rubio Gámez,
Care Santos Torres,
Penélope Acero Cayuela, editora,
y María José Sánchez Lorenzo,
que actuó como secretaria,

otorgó a la presente obra el
XXX PREMIO TIFLOS DE CUENTO
convocado por la



SANTIAGO CASERO GONZÁLEZ

LAS
SUSTITUCIONES

XXX PREMIO TIFLOS DE CUENTO


CASTALIA
EDICIONES

 edhasa

En nuestra página web: <https://www.edhasa.es> encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.



CASTALIA
EDICIONES

es un sello propiedad de



edhasa

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa

© Ilustración de la cubierta: istockphoto

Primera edición impresa: mayo de 2020
Primera edición en e-book: junio de 2020

© de la edición: Santiago Casero, 2020
© de la presente edición: Edhasa (Castalia), 2020
Diputación, 262, 2ª^a
08007 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-9740-866-0

Depósito legal: B. 8466-2020

Producido en España

«Emparentados con Dios...,
nuestra soledad evoca la suya».

Cioran, *La caída del tiempo*

LA EDITORA

Marina se preguntaba, entre otras cosas, a quién habría podido contarle lo que le estaba pasando si casi siempre estaba sola, de aeropuerto en aeropuerto. ¿A la chica sentada a su izquierda? Su perfil soñador y orgulloso no invitaba a la cruda confidencia. ¿A la azafata que le acababa de recoger los restos del horrible café que servían a bordo? La azafata era profesoral, lejana, y Marina era además capaz de admitir que a lo mejor estaba dramatizando un poco con ese lamento íntimo respecto de su soledad, con esa certeza de pronto amarga de tener que andar con tanta frecuencia de acá para allá sin más compañía que su teléfono inteligente y las lecturas que estaba obligada a hacer como editora, no siempre satisfactorias, pero es que la sensación de estar contemplando de repente la realidad desde dentro de una cápsula de aislamiento le estaba ya alterando absolutamente el estado de ánimo y la jornada entera y empezaba a cobrar incluso el aspecto de una de esas pesadillas que sobreviven más allá del sueño e invaden el territorio de la vigilia.

Al principio había llegado a pensar que quizá fuera solamente esa forma de sordera efímera que sobreviene en los aviones a causa del cambio de presión, coincidiendo con las operaciones de despegue o de aterrizaje. Ya le había

pasado alguna otra vez porque, pensándolo bien, casi todo lo que ocurre ya ha ocurrido antes: el avión empezaba a hacer una serie de ruidos que no por familiares dejaban de provocar a Marina un discreto estado de angustia, ciertos sonidos inquietantes de los motores que apuntaban al punto de fatiga necesario en orden a la maniobra crítica que se avecinaba, y enseguida notaba un leve pinchazo dentro de su oído que no tardaba en cerrarse con alguna adherencia serosa excretada desde quién sabe qué recámara cavernosa de la calavera. Todo muy repugnante y muy desagradable, pero pasajero. Eran, en realidad, sólo unos segundos en los que la siempre presente aprensión a volar se completaba con la sugerencia de que el cuerpo seguía ahí, vulnerable, mostrando la peor versión de sus flaquezas, la más ridícula. Pero algo le decía que esta vez se trataba de un malestar nuevo. Lo que ahora experimentaba era una sensación que enseguida supo de índole diferente. ¿Cómo explicarlo? Haciendo uso de una paradoja, podría decir que escuchaba con nitidez en su interior algo así como uno de esos mensajes de alerta que el radar del organismo siempre alcanza a detectar porque son únicos, más profundos, más intensos, más duraderos.

El contratiempo acaeció justo en medio de la lectura de un libro de cuentos de una autora nicaragüense que le había llegado la semana pasada a la oficina. ¿Nicaragüense? Aprovechando el estruendo que debían de hacer las turbinas y el despliegue de los *flaps*, lo repitió en voz baja para asegurarse de que no confundía paisajes y acentos: nicaragüense. Se trataba de una colección más bien anodina de

tramas costumbristas ambientadas al parecer en una región de Nicaragua, evidentemente escritas con descuido o con desgana, habitadas de personajes a los que no les pasaba otra cosa que vivir una vida trivial. Faltaba, además, entre otras muchas cosas, el criterio que permite a un autor de relatos agrupar un puñado de historias de naturaleza diversa. Un conjunto atonal, sin relación armónica entre las partes ni punto de contacto con un tono central de referencia.

Marina había defendido siempre que toda la libertad de creación de un cuentista tenía que volverse rigor a la hora de reunir sus trabajos. Los relatos debían dialogar entre sí de alguna manera, como los órganos vitales de un cuerpo sano. No se trataba solamente de encontrar analogías o criterios palmarios de unidad, que naturalmente no tenían por qué ser temáticos. También valían los contrastes, las oposiciones enriquecedoras. Nada de eso se había logrado en aquella colección. Es verdad que el costumbrismo centroamericano podía ser muy exótico para los lectores españoles, que el mercado y el clima social exigían la emergencia de las escritoras opacadas durante tanto tiempo por la tiranía antigua de los hombres, y también era muy cierto que podrían pulirse a fondo los defectos de la obra, permitiendo creer a la autora que había sido ella la que lo había logrado a partir de alguna sugerencia mínima, aunque sibilina, de la editorial. Pero no lo harían, no la publicarían. O eso esperaba. Ella recomendaría de forma tajante que no se publicara, aunque quería consultarlo con Ferrán, su socio.

Durante unos minutos, la callada reflexión acerca de las posibilidades de ese libro, sencillamente una parte de la rutina de su oficio, le había permitido atenuar un tanto, si no olvidar, las señales de desajuste mecánico que enviaba su organismo, pero lo cierto es que la molestia en sus oídos seguía ahí, impasible, indiferente a las estrategias de evasión que a Marina se le pudieran ocurrir para mitigar ese trance.

El avión estaba cayendo ya sobre Madrid como una piedra milagrosa y ni siquiera todas las maniobras que le había enseñado la experiencia, útiles en tantas ocasiones (abrir la boca simulando un bostezo, tragar saliva, taparse la nariz y soplar con los labios sellados), conseguían que desapareciera o se amortiguara aquella suerte de avispero doloroso y continuo dentro de su cráneo. Empezaba a ser lo más parecido a la tortura atroz de un detenido que a veces se ve en las películas de espías. Hasta juraría que iba a más conforme el suelo parasitado de casas y arbolitos se aproximaba al avión.

A lo mejor podría haberse girado con cualquier excusa hacia su compañero de asiento de la derecha, un cuarentón no mal parecido que no había dejado de mirarle las piernas durante todo el vuelo, y quizá podría haberle hablado, contarle que no se encontraba bien, que se estaba mareando, que le faltaba el aire que tan falazmente prometen las máscaras de oxígeno ocultas en algún lugar del fuselaje, que no sabía cómo pero que había metido la cabeza dentro de la escafandra hermética de un buzo con claustrofobia, que no oía nada de lo que él intentaba decirle desde que

sobrevolaron la raya quebrada de Portugal. Pero no lo hizo. Sólo veía a hurtadillas el lado izquierdo de su rostro, ligeramente vuelto ahora hacia ella, bien afeitado, decorado con una sonrisa que pretendía ser atractiva y que fracasaba porque era una mueca finalista, ensayada a partir de sobrentendidos sin más fundamento que las presunciones que el mismo individuo debía de haberse hecho en la imaginación ingrávida, que era propia de los pasajeros de la aviación comercial.

Todo esto era lo que distraía un poco el aturdido discorrir de Marina cuando vio iluminarse de repente la pantalla de su teléfono, que se había apresurado a activar, contraviniendo las normas, apenas sintió la sacudida de los frenos del aparato en la pista de aterrizaje. Era su marido, Enrique. El mensaje había sido lanzado hacía ya una hora: no iba a poder ir a recogerla al aeropuerto. Una comida con un amigo se lo impedía. No decía qué amigo, aunque Marina arriesgaba sus conjeturas y todas eran lamentables. Enrique no había escrito «comida inaplazable»; no intentaba justificarse, no le preguntaba a Marina si había tenido buen viaje, si estaba cansada o satisfecha, si el negocio de Lisboa iba adelante. La distancia cordial entre ambos era sólo un reflejo de la lejanía física que el avión se esforzaba en cancelar en esos mismos momentos. Han llegado otros dos libros; están en tu escritorio, añadía Enrique para terminar, tal vez subrayando con intención la odiosa presencia de esos elementos fundamentales del oficio que mantenía a Marina tan ocupada en el aire. Enrique era escritor, de modo que su vida transcurría también alrededor de los

libros, pero él se complacía en demostrar de tanto en tanto que su relación con ellos era de naturaleza diferente, menos notarial, más bien sanguínea, genésica, peligrosamente inconstante.

Si su marido hubiera estado interesado, Marina habría podido responderle que lo cierto es que el negocio de Lisboa iba adelante. Tampoco era tan difícil: una editorial portuguesa en crisis vendía su catálogo. Casi lo saldaba, a condición de que el comprador asumiera sus hipotecas y se comprometiera a respetar la línea de publicación y a sus autores. Esa vieja editorial había sobrevivido heroicamente incluso a la dictadura de Salazar y ahora no era capaz de adaptarse a una competencia que la modernidad había complicado tanto. La empresa de Marina había acudido enseguida al reclamo de un negocio que sonaba halagüeño, no sólo porque les permitía entrar en un mercado que incluía potencialmente, en un proyecto de futuro, a la poderosa y todavía bastante virgen fortaleza brasileña, con su demografía prometedora, sino porque servía también para subrayar la vocación de literatura de calidad de su propio catálogo. La portuguesa era una compañía más bien pequeña, casi familiar, aunque publicaba autores de enorme prestigio, entre ellos Luis. Luis Velhoso. Novelista, poeta, ensayista, miembro destacado del Grupo Entroncamento, cincuenta y seis años, según Wikipedia, nacido en Évora, un hermano muerto en combate en Angola.

Entretanto, por alguna razón, el sujeto del avión no se rendía. Debía de estar muy seguro de su talento para la seducción. Marina lo miraba hablar, apreciaba su esfuerzo

hasta cierto punto conmovedor. Incluso atormentada por su malestar incomunicable, Marina no podía evitar sonreír observando los visajes de una cara común que de todas formas se llenaba de líneas de expresión y de accidentes musculares que se habían convertido en protagonistas involuntarios del monólogo del tipo. La propia sonrisa de Marina, probablemente malinterpretada por el hombre, retroalimentaba el flujo de palabras despojadas de significado y de sonido.

Sin embargo, Marina descubrió de pronto una cosa que alivió durante unos breves instantes la angustia de la incapacidad chirriante que la mortificaba: entendía al hombre como si lo estuviera escuchando pronunciar de forma nítida un discurso. Lo entendía mejor. Entendía todo en un sentido amplio y auténtico. Se dio cuenta repentinamente de que, en una circunstancia de comunicación banal, como la que se establecía con frecuencia entre dos pasajeros contiguos de un avión, incluso si alguno de los dos interlocutores pretendía, haciendo uso de esa modalidad casual de contacto, algún progreso más allá de lo habitual, en ese caso, alcanzó a pensar Marina, eran justamente las palabras las que estorbaban el sentido de lo comunicable.

De hecho, Marina vio con una claridad que la asustó un poco un pozo insondable de deseo en la configuración facial del tipo todavía sentado a su lado. Un manantial caudaloso de apetito carnal que probablemente se nutría y tenía su origen en frustraciones cotidianas y en una educación en la que la mujer era siempre apenas un trofeo. Quizás había sufrido además un desengaño temprano que

había condicionado toda su actitud presente respecto de las relaciones sexuales u oscuramente sentimentales.

Para deducir todo eso era necesario no fijar la atención precisamente en su boca, por donde salían las frases ahora inaudibles que a buen seguro disfracaban las verdaderas intenciones del hombre con su sintaxis alambicada y su aliento actoral. Mejor examinar con atención los ojos del interlocutor, las aletas de la nariz, los surcos nasogenianos que encerraban los labios dentro de una suerte de paréntesis locuaz, declarativo. Cierta organización imprecisa de las distintas partes del rostro, en fin, en la que residía la verdad de lo que no se decía o se decía de otra manera.

Disfrutó viendo luego la cara de decepción del individuo de pie, junto a su taxi, mientras ella cerraba la puerta desde dentro como el subrayado desdeñoso que significa «no me interesas; prueba con otra». O mejor: «no he podido oír qué palabras has usado para intentar convencerme de que compartiera contigo un taxi y a lo mejor algo más, pero tu lenguaje corporal involuntario es indecente y vulgar, no mereces un segundo de mi tiempo». En ese instante, Marina descubrió que, además, en la cara oculta del hombre, en la parte derecha de su perfil que no quería o no podía mostrar en el avión, faltaba la oreja. En su lugar, un diminuto nudo de carne recosida alrededor de un agujero que hacía las veces de oído.

2

Más bien abrumada por el malestar y por el propio viaje, Marina abrió la puerta de su hermosa residencia en Aravaca con la certeza de que sólo iba a recibirla su perro, Argos. Ramona, la mujer ecuatoriana que mantenía la casa, estaba de vacaciones, y Enrique ya le había anunciado lacónicamente su ausencia. Casi mejor. Después de todo, prefería que su marido atendiera ese compromiso que no había querido suspender ni aplazar. No le apetecía ver a Enrique, tener que explicarle lo que le había pasado. ¿Por qué? No estaba segura de la razón principal, aunque tal vez temía mostrarse vulnerable, suscitar alguna forma de conmiseración. No iba a dejarse compadecer. No ahora, no en estas circunstancias, no mientras su marido siguiera viéndose con esa mujer.

Ya en la puerta, Marina imaginó el arañazo de las pezuñas del animal en el parqué, vio la sombra peluda corriendo en el pasillo, recortada contra la cristalera que daba al jardín y a la piscina, intuyó sus gruñidos de placer al verla, aunque naturalmente no los oyó. Después de haber tenido que figurarse lo que le decía el hombre del avión, de adivinar los comentarios ocurrentes del taxista mientras serpenteaba entre el tráfico supersónico de la circunvalación que llevaba a las prósperas poblaciones del norte de Madrid,

luego de intentar leer los labios de su vecina junto a la cancela de su casa, seguramente dándole los buenos días, fue un alivio encontrar la amistosa cara de su perro, un rostro prehistórico que ha vencido al tiempo, pensó, y a los riesgos de la evolución; alguien, en cualquier caso, que no pretendía decir lo que no pensaba. Los ojos de Argos eran su mensaje, la lengua húmeda, las orejas de punta, su saliva... Se trataba de un mensaje sencillo que no necesitaba un diccionario: te he echado de menos, me alegro de verte, te quiero sin condiciones.

Como si todo ello condujera fatalmente al territorio casi obsesivo de su oficio, no pudo sino reparar en todos esos autores que esconden la verdad de la literatura bajo una montaña de palabras. En realidad, si lo pensaba bien, quizá fuera ese uno de los peores equívocos de la escritura: el maquillaje inoportuno de lo esencial, el excesivo trabajo del lenguaje. Marina fantaseó un instante con la divertida idea de publicar la obra de un perro, las absurdas memorias de un caniche, por ejemplo (¿ya se habría hecho?), y a continuación pensó de nuevo en la autora nicaragüense que tenía entre manos, en cuyos cuentos no faltaban perros como elementos accesorios de la vida de las personas y del paisaje que no significaban nada en la historia. La escritora se llamaba María Fernanda. Aunque, a causa del contratiempo de la sordera, no había tenido ánimos de leer el manuscrito completo, Marina se preguntaba por qué no había redactado ya un informe definitivo de rechazo, por qué necesitaba la opinión de Ferrán. Habitualmente era suficiente su infalible criterio. En vez de eso, vacilaba, se

le pasaba seriamente por la cabeza ayudarla a publicar su colección de cuentos. ¿Estaba fallándole su instinto o su implacable rigor con lo mediocre? ¿Era el libro de esa escritora un libro mediocre? Tal vez, lo que Marina apreciaba sin quererlo aceptar todavía era el fondo de verdad insoportable del deficiente desarrollo de aquellos relatos, la sencilla, aunque imperfecta, manera de pasear la vista por los pueblos en que tenían lugar muchas de las historias. María Fernanda no necesitaba ocultarse detrás del estilo. No parecía muy interesada en la intervención del artista en la realidad. La realidad también era imperfecta, se encarnaba en los inanes particulares de una región cualquiera de Centroamérica, se elevaba a través de ellos a la categoría de universal. En sus cuentos, la realidad era suficiente por sí sola, no tenía un principio ni un fin y se organizaba como una mansa futilidad. Quizá se tratase de una futilidad trascendente, después de todo.

Marina estaba agotada y demasiado lúcida al mismo tiempo. Quería descansar y dormir, echarse en algún sitio. El suelo mismo era una posibilidad, pero eligió avanzar hasta el amparo de su sofá, casi chocando con otros objetos del salón de repente inútiles, para dejarse caer en él, buscar la horma de su cuerpo que el mueble guardaba en su memoria, entre los cojines, y cerrar los ojos con el fanatismo de un muerto. Cerrar los ojos, tener los oídos tapados y no necesitar ni querer hablar, como la imagen de esos tres monos en cuclillas que representan la sabiduría oriental de la prudencia resumida en tres renunciadas de los sentidos. Pero el pensamiento, en casos así, operaba de forma

autónoma, podía prescindir de los sentidos. Marina pensaba en Enrique. Volvió a alegrarse de su ausencia, de su obstinación por evitarla. Cuántas veces sin embargo habían compartido en el pasado ese hospitalario tresillo de piel en momentos intensos de su vida en común y también en tantos instantes banales de la convivencia. Se quitó los zapatos y se quedó dormida pensando en la palabra «tresillo»: un mueble para tres, una balsa de salvamento para un trío cansado y a la deriva. La anomalía, pensó, tal vez era el número dos, la adición elemental de las unidades que constituyen un matrimonio. Una aritmética convencional del amor cuya dudosa certeza la introdujo inquieta en el sueño. Enrique apareció fugazmente en una pesadilla sin la oreja derecha. Decía: «Lo siento, no he escuchado lo que has dicho, ¿puedes hablar más alto?».

Cuando despertó, Marina se encontraba acariciando la cabeza de Argos en la luz atenuada de la tarde. Los colores del salón habían cambiado, como si el mundo hubiera empezado a oxidarse. Vio la cortina semitransparente de la puerta del jardín revoloteando como viento cuajado contra el sol. Tenía el libro de María Fernanda sobre el pecho, pero no sabía cómo había llegado ahí. Y el silencio silbante de sus oídos. Si había pensado que el descanso resolvería la sordera, se equivocaba. Se levantó con dificultad del sofá mientras el perro desaparecía resuelto en el pasillo que llevaba a la cocina, como si hubiera escuchado algo. Marina lo siguió, descalza. La cocina estaba vacía, pero se fijó en una cubitera en la que se descongelaba un fondo turbio de hielos sobre la encimera de mármol. Se

mojó los pies con unas gotas de algo sucio en el suelo. Vio a Enrique a través del cristal que daba al jardín. Limpiaba el agua de la piscina con una pértiga. Argos husmeaba entre las hojas húmedas amontonadas bajo el laurel.

Marina se dirigió hacia donde estaba su marido con una lentitud que parecía una expresión paródica del sonambulismo. Pasó junto a un vaso que descansaba encima de una mesa de hierro, lo tomó y dio un trago que le arañó la garganta. Tal vez Enrique había empezado a decir algo tan pronto la vio salir por la puerta de la cocina, pero Marina sólo supo que estaba hablando cuando se volvió hacia ella, moviendo los labios. Lo miró por encima del vaso de ginebra. Llevaba un pantalón corto, una camisa celeste reman-gada hasta los codos y desabrochada en el pecho, y estaba muy bronceado. Ella había estado fuera sólo seis días, pero apreció en su marido cambios insidiosos que no estaban solamente en su piel. Parecía dispuesto a darle algún escarmiento, a romper una tregua. La frente perlada de sudor desprendía destellos plásticos, como si estuviese forrada de celofán. Marina no sabía qué decía Enrique en ese preciso instante, pero comprendía lo que quería decir. Era fácil. Lo conocía desde hacía veintinueve años, cuando Enrique San Miguel era sólo un joven escritor que se desesperaba con el retraso de un éxito que creía merecer.

Marina acercó una silla al borde de la piscina, se sentó y se quedó mirando los dibujos de la luz sobre el agua. Enrique seguía hablando. Aparentaba tranquilidad, pero ella detectó enseguida un depósito de impaciencia. Tenía un cigarrillo colgado de la boca. Marina se dio cuenta de

algo: lo conocía tan bien que no sólo leía en sus gestos la honda verdad detrás de su discurso superficial, sino que era capaz de adivinar lo que estaba diciendo en voz alta, palabra por palabra, aunque no lo oyera.

Ahora debía de estar siendo sarcástico con las obligaciones laborales de su mujer, como cada vez que ella regresaba de un viaje. Enrique era a menudo muy desdeñoso con un trabajo que obligaba a Marina a estar tanto tiempo fuera de casa, pero se trataba de reproches que se aprovechaban de la ambigüedad de la retórica. Con frecuencia deslizaba de manera insidiosa en la conversación la renuncia a tener un hijo que había exigido la elección profesional de su mujer. Aparecían los fantasmas de la culpa y de la expiación imposible. En esas ocasiones, Enrique apuraba los cigarrillos hasta el final, fumaba la mínima colilla con un mohín de arrogancia y de desafío, entrecerrando los ojos. Otras veces elegía la huida, una cita sin nombre, una comida quizás auténtica con un amigo, la excitante incertidumbre de esa otra mujer.

Lo que veía hoy Marina en la cara de Enrique era sin embargo más definitivo que el mero desdén o el despecho. Sencillamente había dejado de desearla. Tal vez la quería todavía, y la tensión entre ambas certezas se comunicaba a los músculos de su rostro, a su espalda encorvada. Quizá se preguntaba su marido por qué no acababa de una vez con aquella relación. Se merecía otra cosa, había llegado a donde ella no podía acompañarlo ya. Ahora disfrutaba por fin de aquella condición de escritor famoso que tanto había perseguido. Ella no diría nunca «valioso» o «respetable»

porque reservaba ese tipo de etiquetas arbitrarias para autores como Luis.

Enrique había escrito novelas sociales hasta finales de los años noventa, a destiempo, si bien luego se había especializado oportunamente en el género de novela negra, tan de moda, y hoy vendía sus libros hasta por decenas de miles, pero Marina no había querido nunca publicarlo en su sello. Eso había causado alguna fricción blanda con Ferrán, que la alertaba de cuando en cuando de la necesidad de ganar dinero con libros irrelevantes para poder perderlo con verdaderos autores que fracasaban en el más alto nivel de excelencia.

Para proteger su postura, Marina se había escudado siempre en el escrúpulo de su relación con Enrique, en el ascetismo de una profesión que no aspira a cotizarse en el mercado de valores, en el hecho de que a su marido le iba bien con un tipo diferente de editores y a ellos no les iba tan mal con otra clase de autores.

Además de su éxito como novelista, Enrique se dedicaba a escribir en un importante diario generalista una columna semanal en la que podía dar vuelo a los lugares comunes de su viejo credo de banderas rojas y revoluciones pendientes, una ideología de momento arrinconada pero nunca derrotada. Se trataba de una conspicua tribuna del periódico donde Enrique apelaba a la ética y al compromiso, donde cada día se nacionalizaba un banco o ardía la bolsa de Nueva York, donde olvidaba celosamente que alguna vez había recibido jugosos premios literarios otorgados con alevosía por compañeros de profesión y de partido a los que luego,

cuando él tenía oportunidad, correspondía con un comportamiento equivalente. Así conoció a Almudena.

Enrique dejó de pronto de hablar, de mover los labios; alzó la cara, como olfateando, y dio la impresión de detectar señales de algo que estaba en el aire, un error, un suceso moral, inmediato, que al parecer presentía de forma asombrosa con órganos especializados en verificar fenómenos físicos. Luego bajó de pronto la cara y enterró la barbilla en el pecho. Fue como si se hubiera quedado vacío. Ahora la miraba con esa cansada sonrisa de petulancia y de remordimiento a la vez con que solía cerrar lo que a menudo no era sino un soliloquio plagado de agravios que Enrique habría querido que fueran recíprocos, apenas atenuados por una indulgencia que para Marina era peor que un reproche franco.

En esta ocasión era él el que parecía saber lo que estaba pensando su mujer. Marina se había limitado a subrayar con monosílabos o simplemente con ruidos de la garganta las insinuaciones que intuía en el inaudible discurso de Enrique, pero él también la conocía a ella demasiado bien.

Tal vez sabía que Marina estaba evocando de nuevo el encuentro con Almudena en la Feria del Libro de Frankfurt, completando algunos detalles con su imaginación: la coincidencia del programa de actividades de Enrique y Almudena, el azar de ciertos amigos compartidos, el mismo hotel, la más que probable necesidad de comparar la medida de sus deseos con sus puntos de vista respecto de la literatura y el mundo. Al parecer, hizo falta que coincidieran un mes después en el jurado de un premio de novela

amañado para un amigo común para que pudieran confirmar que el episodio de Frankfurt no había sido solamente una feliz casualidad.

Almudena, bastante más joven que él, también creía que la Transición había sido un fraude, el resultado de una coacción intolerable. La Tercera República lo resolvería todo. Aquel encuentro no había sido precisamente un milagro. Ni siquiera un golpe de fortuna de Enrique. Hacía tiempo que Marina apreciaba en su esposo señales de cansancio y de culpa. La culpa por lo que todavía no había hecho, aunque él mismo se supiera receptivo a las novedades.

Enrique tiró la colilla al suelo, junto a la piscina, la aplastó con una de sus chanclas de goma y entró en la casa arrastrando los pies. Una lengua de viento desordenó las hojas amontonadas por su marido, arrastrándolas hasta donde estaba sentada Marina, mientras Argos respondía a la llamada primordial de algún congénere en los alrededores.

3

En el avión, Marina leyó tres cuentos más de María Fernanda, entre ellos el que daba título a la colección: «Los aguaceros». Contaba la historia de una niña que quedaba encinta en un pequeño pueblo centroamericano, cuyo nombre naturalmente no le dijo nada a Marina. Pensó que podía ser perfectamente inventado y que esa era tal vez la mayor concesión que hacía la autora a la imaginación. Contra el fondo de un aguacero tropical que amenazaba con anegar todo, la niña le revelaba a su madre su estado. Aparecía la inquietud sobre la identidad del padre, las dudas de la propia madre sobre la decisión de seguir adelante con el embarazo de su hija, un sacerdote que intentaba convencerla de que todo era un plan de Dios, y también, en fin, un río que crecía y arrastraba animales y enseres, mientras que la niña permanecía en el segundo plano al que la condenaba su inocencia. Y eso era todo. Una historia narrada con un lenguaje demasiado sencillo, rayando la ramplonería, un conflicto débil, aunque irresuelto, igual que sucedía en los otros cuentos del libro.

Como si la realidad pudiera conectar dimensiones diferentes, Marina llegó a Lisboa justamente bajo la amenaza de una gran borrasca atlántica que duraría al menos tres días. Su perspicaz teléfono de última generación se lo había

anunciado con la sequedad de un notario. Todavía llovía suavemente, a la espera de la gran tormenta, pero las calles se habían vaciado de personas. Debía de ser domingo, los comercios estaban cerrados, repicaban las campanas, pero era un sonido amortiguado por la densidad del aire. Los turistas se refugiarían tal vez en los cafés y en los tranvías. Le dijo la dirección al taxista y poco después le pidió que detuviera el coche, aunque aún estaba a una distancia importante de su destino. No quería llegar todavía. De repente deseaba caminar. Cualquier sitio valía: ahí. El hombre la miró con curiosidad, dijo algo que Marina no oyó pero que supuso de carácter protector por el semblante que ofrecía el perfil que le mostraba. Algo así como «no es un buen día para andar por la calle». Lo cierto es que había empezado a diluviar súbitamente y el agua corría ya en regueros desbocados hacia el puerto. Marina le dio una generosa propina. El *moito obrigado* del taxista debió de sonar dulce, porque se vio dulce en sus ojos reflejados en el espejo retrovisor. Era un chico bastante joven. Mucho más joven que ella. Marina dudó si intentar una breve conversación desigual con el muchacho mientras el taxi estaba todavía parado junto a la acera. Ella no lo oiría, él la compadecería. Podía ser su madre, pero había renunciado a esa condición por su trabajo, como le recordaba Enrique con frecuencia. Se acordó del cuento de María Fernanda y concentró su interés en el bebé que alumbraría la niña. Se le ocurrió pensar de pronto que el protagonista del relato era ese bebé, aunque sólo estuviera sugerido como posibilidad. El niño que se gestaba era una amenaza y una

esperanza. No estaba propiamente en la trama, pero se insinuaba de modo poderoso en cierto nivel oculto de una realidad más compleja. Lo pensó mejor: en cierto nivel oculto de la realidad sin adjetivos. La realidad no podía ser ni más simple ni más compleja porque era una sola y no admitía síntesis o recortes. El equívoco residía solamente en la deficiente aproximación a la misma, en la mayor o menor resignación con que admitimos el despotismo de su totalidad.

Marina salió del taxi al desabrigo de una calle estrecha, barrida por esporádicas ráfagas de agua que le mordían la piel de las mejillas, y luego se metió en un callejón que daba a la Plaza del Comercio y desde donde se distinguían, al fondo, grises, casi negras, las olas de la desembocadura del río. Pasó por delante de un café que hacía esquina y entró. Aunque llevaba un paraguas, se había calado de la cabeza a los pies. El café estaba vacío, salvo por un parroquiano que miraba la lluvia desde un velador de mármol junto al ventanal que daba a otra calle. Y el camarero, un tipo alto y grueso, de origen africano, seguramente procedente de alguna de las antiguas colonias portuguesas.

Marina se acercó a la barra, pidió una copa de vino dulce y se dedicó a observar con curiosidad unas viejas fotografías de la ciudad colgadas en la pared, mientras volvía en sus adentros al asunto de la editorial portuguesa. Si todo iba bien, dentro de unos días, el próximo viernes, se reuniría con los propietarios y firmarían el acuerdo de absorción, aunque todavía quedaban algunos detalles pendientes. Ella misma supervisaría todo. Ferrán estaría contento, aunque

fingiera una aflicción sofisticada. La desaparición de una editorial es siempre una mala noticia, diría, repitiendo un lugar común del gremio. Lo cierto es que el naufragio de algunos, a veces, es un buen negocio para los demás. Lo celebrarían con una botella de vino verde que Marina llevaría como testigo de su logro profesional.

Cuando amainó un poco el chaparrón, Marina se obligó a seguir su camino. Antes de salir quiso echar una última ojeada al individuo del ventanal. Él no la miró. Marina tenía cuarenta y nueve años, una carrera profesional exitosa, un perro y una casa con piscina en el norte de Madrid. Tuvo la tentación de acercarse al tipo y contárselo así, con esas palabras. Podría hablarle incluso de Enrique, del día en que se conocieron. Octubre del 82. En la Ciudad Universitaria cantaban Moustaki y Serrat y hablaban políticos que se habían despojado de la corbata para propiciar el cambio que, a su vez, empollaría el huevo de un país diferente. Marina y Enrique bailaron y se besaron entre la muchedumbre, en medio de un clima huracanado de esperanza, corearon consignas rípidas que ahora sonaban ingenuas; interpretaron las letras poéticas de las canciones y de los discursos políticos como promesas que parecían aludirlos personalmente.

Miró de nuevo al hombre. Tuvo la impresión de que ahora él también se fijaba en ella, aunque parecía despertar de un largo sueño, todavía aturdido. El tipo alzó la copa de licor que reposaba sobre la mesa, la apuró como si lo hiciera en honor a Marina y volvió de nuevo la vista hacia la calle.

Marina salió fuera. La lluvia se había convertido en un fenómeno razonable, en algo que daba sentido a los paraguas. Evitando con dificultad el desagüe de los canalones y los tejados en las aceras, llegó por fin frente a un edificio de cuatro plantas en el Barrio Alto, levantado a mitad del recorrido de una calle estrecha y en pendiente, renovada por el temporal. Las contraventanas pintadas de rojo y el alero de pizarra y el propio perfil de la casa recortado contra el confín plomizo del cielo le daban un falso aire normando. Como si fuera un descubrimiento fortuito, vio el nombre en el portero automático que ya había pulsado en tantas ocasiones: Luis Velhoso. Novelista, poeta, ensayista, miembro destacado del Grupo Entroncamento, cincuenta y seis años, nacido en Évora, un hermano muerto en combate en Angola. Amante de Marina. A veces bebía demasiado, pero esto no lo recogía Wikipedia. Era feliz compadeciéndose de sí mismo y dejando que los demás supieran que lo hacía. Presumía de vender poco y buscaba el reconocimiento de la minoría, pero deploraba que libros como los de Enrique fueran destacados en las noticias de cultura del telediario.

Luis no la esperaba, pero ella estaría pronto con él bajo las sábanas, contemplando la lluvia, que empañaría la imagen del castillo al otro lado de los cristales, igual que en una vieja televisión mal sintonizada. Desayunarían en la cama, oirían música clásica en la radio, Luis fumaría su pipa. Marina fantaseaba con el hecho de que lo encontraría como lo había dejado en el último viaje. Desnudo, vacío, todavía sudando. Se imaginaba lo que él iba a decir-

le, aunque no pudiera oírlo. Lo de siempre. No iba a decirle que la quería. Tal vez la deseaba. Se lo decía a menudo, aunque usaba fórmulas complicadas. Necesitaba adjetivos, frases demasiado largas. Ahora ella advertiría con más claridad que nunca su cara impotente para fingir, para decir muy poco con tantas palabras. En ocasiones, sin embargo, Luis no tenía inconveniente en que Marina pudiera ver claramente la insatisfacción que le provocaba ese deseo. Era su manera de parecer un escritor en cuyo fracaso estaba incluida ella. Quizá la despreciara.

Marina acercó su dedo al portero automático, pero lo dejó resbalar blandamente entre las teclas y luego bajó la cabeza. Miró largamente sus zapatos empapados, sintió lástima de ellos, de sus propios pies fríos y cansados. Se dio la vuelta, abrió el paraguas y echó a andar calle abajo, con el torrente.

De repente, vio una ciudad extraña: se había transformado, se expresaba de manera diferente, como si hubiera estado aparentando que era otra hasta este día. Marina había visto esas calles muchas veces, pero nunca le habían parecido tan sinceras. Cada esquina era una confidencia en voz baja, una verdad sencilla y cruda. Descubrió que se dirigía hacia el río sin haberlo meditado, siguiendo siempre las escorrentías del aluvión en las aceras. Seguía lloviendo mansamente, a la espera del próximo turbión, que ya se insinuaba entre los edificios, allá al fondo, procedente del océano. Pero el aguacero factible no era la alegoría de ninguna otra cosa, no embellecía ni explicaba nada. No hacía falta la trampa de la literatura para estar ahí, mojándose

sin remedio. No tardó en ver el río de cerca, tan preñado de posibilidades como prometía en la distancia. Sus promesas más honestas eran los ahogados, los naufragios, las historias de amor pasajeras o sin futuro, las despedidas.

Con el paraguas plegado, Marina se sentó en un banco de piedra desde el que podía ver la otra orilla, Almada, la punta de Cacilhas, donde rompían las olas. Las oía perfectamente, oía la furia de la borrasca contra la madera de los barcos amarrados en el atracadero, igual que oía la lluvia goteando su *pizzicato* sobre los adoquines del muelle: una música primitiva, atonal, como los latidos de un corazón enfermo. Otra vez el ruido del mundo en sus oídos. Quizás ocurrió en el avión, mientras caía un chubasco dentro de un cuento de María Fernanda, tal vez fue justo en medio de la certeza de que no iba a volver a ver a Luis nunca más.

Marina se preguntaba a quién habría podido contarle lo que le estaba pasando si siempre estaba sola.